

Balbino García de Albizu

# JULIO 1834-JULIO 1835 DOCE MESES NEGROS EN LA HISTORIA AMESCOANA

## Prólogo

Este breve estudio\* se enmarca en una zona geográfica reducida: los valles navarros de Améscoa Alta y Améscoa Baja, Amekoagoien y Amekoabarren. Y forma parte de un intento de dar a conocer su pasado, reducido a cuatro tópicos hasta hace unas décadas, pero que está resultando mucho más largo y ancho de lo supuesto, en la medida en que se trabaja con ese objetivo. Las líneas que siguen son una muestra de ello.

Con excesiva frecuencia, lo único reseñable de nuestra historia ha estado vinculado, y reducido, lamentablemente, a las guerras carlistas. O, al menos, esa era la única mención que se hacía en los folletos que se editaban para este valle desde la administración.

Es una costumbre muy extendida, a escala universal, la de cimentar la historia sobre enfrentamientos militares, ya sean legendarias victorias o heroicas derrotas. Hazañas conducidas, además, por líderes “también legendarios y heroicos”.

Y es lamentable por razones varias. No es la menos importante la de que fueran enfrentamientos bélicos lo mejor que podíamos citar de cara al exterior. ¡Apañados íbamos si así fuera!

Pero es evidente que el papel aguanta todo y que es muy fácil, desde la distancia, geográfica e histórica, convertir en gestas y hazañas lo que no fueron sino episodios crueles y lamentables para las gentes de este valle.

---

\* Este artículo, bajo el título «Julio 1834-Julio 1835. Doce meses negros en nuestra historia», ha sido originalmente publicado en la obra de GARCÍA DE ALBIZU, Balbino (coord.), Conociendo el pasado amescoano II, Pamplona: Lamiñarra, 2010, pp. 59-69.

Es lamentable igualmente, porque con otras galas, bastante más decorosas, puede vestirse la historia de este valle. Pero las guerras son muy “socorridas” a efectos históricos. Los mandos militares siempre dejan reseña escrita de las batallas. Los del bando vencedor para destacar su heroísmo, valor e inteligencia táctica. Los que las pierden, para justificarse por el infortunio propio y la falta de recursos.

Nuestros antepasados pagaron un alto precio por ser escenario de una contienda fratricida, todas lo son porque se producen entre seres humanos, pero lo son más, si cabe, entre próximos. Muerte, enfermedad, destrucción, empobrecimiento material, cultural y moral.

No es malo despojar a la violencia de cualquier halo ennoblecedor. Quizá hasta sea imprescindible. Porque, para cada bando, todo el peso de la culpa y de la maldad es del contrario y, en consecuencia, cualquier medio es lícito para derrotarlo. Este criterio se aplicaba en el siglo XIX, no perdió vigencia en el XX y no acaba de desterrarse en el XXI.

Desde las visitas estacionales de los primeros cazadores prehistóricos hasta la actualidad, nuestro valle ha conocido muchas formas de vida, muchas culturas. Mil siglos han transcurrido desde que individuos ataviados con pieles tallaban el pedernal para fabricarse herramientas, junto a la balsa de Arantzadua. Durante ese largo período, el hombre ha dispuesto de oportunidades para conseguir una vida más plena, una convivencia más equilibrada. No las ha aprovechado totalmente. Por el contrario, es en el arte de buscar la confrontación, la discordia, la refriega, donde sí que ha conseguido un auténtico virtuosismo. Esta tierra no ha quedado al margen de esa contradicción.

Nuestro valle, por su posición resguardada y su difícil acceso, se ha mantenido en ocasiones al amparo de conflictos y ha logrado sostener una convivencia interna muy aceptable. Y eso, en circunstancias históricas extremadamente desfavorables. En otros períodos ha ocurrido todo lo contrario; su posición mugante entre reinos, fronteriza, ha introducido aquí el horror de la guerra. Un repaso de todas estas alternativas históricas nos lleva a señalar un siglo como auténticamente negro desde este punto de vista: el siglo XIX.

## **La Primera Guerra Carlista**

Está claro que las confrontaciones no son buenas ni siquiera para los que las ganan, si es que puede decirse que las guerras las gana alguien. Realmente no. Las guerras no las gana nadie. Simplemente unos resultan más perjudicados que otros. Pues bien, los hombres que habitaban esta tierra el siglo pasado resultaron gravemente perjudicados en todos y cada uno de los conflictos bélicos en los que se vieron implicados. Y si hubiera que elegir uno de esos conflictos como el más cruen-

to de los vividos, tampoco habría duda: la Primera Guerra Carlista quedaría ganadora de forma destacada.

Lo que hace que resalte sobre el resto de circunstancias desgraciadas padecidas, no es el número de batallas o el de víctimas directas de la guerra. Como en todos los conflictos bélicos, las víctimas y los daños indirectos son mucho más graves y cuantiosos que los directos. Pretenden estas líneas reflejar parte de ese horror para actuar a modo de vacuna contra el virus de la contienda civil, riesgo no desaparecido como quedó de manifiesto cien años después, en 1936, y como en nuestros días y en la propia Europa hemos visto horrorizados renacer.

Volviendo a la primera guerra carlista, habría que decir que las dos acciones militares que se registraron en el valle no alcanzaron el carácter de batalla abierta. De ser así, la mortandad hubiera resultado horrible, ya que el número de hombres presentes en una y otra, 10.000 y 25.000 respectivamente, fue muy propio para una verdadera masacre.

Afortunadamente para los amescoanos, Zumalacárregui era poco amigo de plantear batallas abiertas. Sus preferencias iban por otros derroteros: Acciones sorpresivas en terrenos accidentados con ataques rápidos y repetidos de corta duración. Y no se trataba de un capricho; era, simplemente, el tipo de guerra que más le convenía, habida cuenta de que se enfrentó normalmente a un enemigo mejor pertrechado y muy superior en número. Pero empecemos por el principio, aunque sólo sea para dar un rápido repaso.

Las mismas peculiaridades que en otras ocasiones habían librado al valle de verse mezclado en conflictos, resultaron decisivas para que nuestro territorio fuera elegido como cuartel general por el caudillo carlista. Precisamente, su carácter resguardado y sus difíciles accesos, lo hicieron propicio para desarrollar el tipo de guerra que dominaba y que convenía al de Ormaiztegui.

Desde diciembre de 1833 hasta su muerte -ocurrida en Zegama el 24 de junio de 1835-, este valle fue su base de operaciones preferida. Las acciones militares más encarnizadas no ocurrieron aquí, pero tampoco estuvieron excesivamente alejadas. Las consecuencias de esta elección fueron, de una parte, algunas menciones del nombre de este valle en los libros de historia. Unas veces solo y otras, unido al de Zumalacárregui: "Lobo de las Améscoas", o "Tigre" o "Águila", fueron sobrenombres que se aplicaron al general. Pero el más que dudoso honor de ser citado en las crónicas de la época, supuso poco consuelo frente al cúmulo de circunstancias negativas que se derivaron de la situación vivida.

## **Las consecuencias directas**

### **Las batallas**

Como ha quedado dicho sólo dos choques militares de importancia tuvieron lugar en nuestro territorio. El primero de ellos se produjo el 31 de julio de 1834 y tuvo como escenario el término de Artaza. Cerca de 8.000 soldados cristinos y 1.500 carlistas se vieron envueltos en él. Fue de corta duración y se saldó, como otros muchos, con la desbandada de las tropas de la Reina, mandadas en aquel caso por el general Rodil, hostigadas por sus contrarios.

El segundo, al que los militares nombraron como “la Acción de Artaza”, tuvo un escenario más disperso aunque también próximo al lugar de Artaza. Realmente se produjo entre el Puerto de Urra, el propio lugar de Urra y términos de Artaza. Participaron en esta acción más de 20.000 hombres. Como en otras ocasiones, tres cuartos de las tropas eran cristinos y un cuarto carlistas. Ocurrió el 23 de abril de 1835 y acabó en un verdadero descalabro para las tropas de la Reina, mandadas en aquella ocasión por el propio Ministro de la Guerra, el general Jerónimo Valdés.

No se ponen de acuerdo los cronistas a la hora de cifrar las víctimas de una y otra confrontación, pero no serían menos de 500 ni más de 1.000 las vidas perdidas entre uno y otro bando. Demasiadas en cualquier caso. Parece muy probable que ningún amescoano falleciese en dichas ocasiones -los libros parroquiales no lo señalan- ni que durante las mismas se produjeran graves daños en edificios u otros bienes. Desde un punto de vista estrictamente local y egoísta, si estas hubieran sido las dos únicas situaciones embarazosas a lo largo de la guerra, cabría decir que los amescoanos habían salido bien parados de la misma. Pero no fue así.

## **Las consecuencias indirectas**

### **El mantenimiento de las tropas**

Los vecinos del valle eran requeridos, prácticamente de continuo, para aportar raciones a las tropas. Se llamaban raciones, por aquella época, a los recursos con que los pueblos situados en el escenario de la guerra debían contribuir para el mantenimiento de los ejércitos en lucha. Lo desgraciado de la guerra carlista, como lo fue también en el caso de la guerra contra los franceses, es que tan pronto estaban en el valle los carlistas, como salían estos y entraban los cristinos. Y tanto unos como otros se consideraban con derecho a ser mantenidos por los vecinos del valle. Y no sólo a ser mantenidos, sino a ser alojados.

Por lo numeroso de los combatientes queda clara la dificultad de atender a estas demandas y además seguir viviendo. Queda clara también la presión que un ejército en campaña es capaz de ejercer sobre la población civil para sobrevivir. Los

carlistas, sabiéndose bien vistos, y los cristinos, sabiéndose odiados. Poco más hay que decir al respecto.

Como en ocasiones anteriores se echó mano de todas las reservas en metálico y en especie que estaban disponibles. Todos los fondos fueron agotados: los parroquiales, los de cofradías, los del Arca de Misericordia, los de ayuntamientos y concejos. La contienda terminó con los individuos y las entidades de todo tipo, arruinados y endeudados.

Y llovía sobre mojado, porque la guerra contra los franceses, la llamada “de la Independencia”, había traído un aviso muy serio de lo que suponía tener un conflicto militar más o menos próximo. También puso de manifiesto lo penoso que resultaba el mantenimiento de los contendientes, ya fuera de grado o por fuerza.

En 1835, en carta dirigida al propio Tomás Zumalacárregui, dicen los vecinos de San Martín: “... que con motivo de las actuales circunstancias y el tener que suministrar raciones, bagajes y demás gabelas que consigo lleva esta guerra... han llegado los vecinos otorgantes a tan extrema necesidad que ya no pueden verificarlo que no sea con total exterminio de sus familias”.

Más tarde, dice textualmente el libro del Arca de la Misericordia de Eulate: “... que desde 1834 no se han vuelto a reunir dichos fondos, ni por consiguiente a dar cuentas de su distribución y recibo, efecto en gran parte de las vicisitudes de la última guerra. Que muchos de los deudores... y especialmente, aquellos que más adeudan, se hallan imposibilitados para satisfacer de una vez las cantidades que adeudan”. El comentario está escrito el 1 de octubre de 1851, lo que da una idea del alcance que tuvieron las consecuencias. Y hasta entonces nadie había escrito ni palabra en dicho libro.

En carta de los Regidores de Zudaire a la Junta Gubernativa, se afirma que “resulta que al lugar de Zudaire no le es posible aguantar los escesivos gastos que se originan por las tropas transeuntes...” Y se quejan los de Zudaire con razones de mucho peso, ya que cuantifican su aportación diciendo que “... el lugar de Zudaire contribuye mensualmente a partidas y transeuntes, y hay meses que pasan de 900 raciones ...”. En esa época, el lugar de Zudaire no llegaba a 40 fuegos o viviendas habitadas, por lo que cada familia debía aportar más de 20 raciones, y eso sólo a las tropas carlistas.

En lo que respecta al alojamiento cabe reseñar que el lugar de Ecala, al que los demás lugares del Valle consideran privilegiado ya que “por su situación retirada de todo camino no sufre alojamientos de tropas”. Si bien es cierto lo dicho, no es menos cierto que los vecinos de Ecala debían alojar a los 40 operarios que trabajaban en la Real Fábrica de Armas.

## Las represalias: el saqueo y el pillaje

Las crónicas locales son particularmente discretas sobre la barbarie de esta guerra. Al tratarse de un conflicto civil, tanto en la documentación municipal o concejil, como en los libros parroquiales, se actúa con extremo tacto. Se comprende el miedo que podían sentir secretarios y párrocos al redactar sus notas. Hoy pintaban los carlistas; mañana podían pintar los cristinos. Unos y otros podían acceder a los archivos y conocer lo que se había hecho de positivo o de negativo, para ellos y para sus contrarios. El patriota de hoy era el traidor de mañana; y a la inversa. Lo mejor era no escribir más que lo justo. Y así lo hicieron.

Pese a esta extremada prudencia, estaba claro para las tropas de la Reina de qué lado estaban, mayoritariamente, los vecinos del valle. Fernández de Córdoba fue quizá el que más en serio se tomó la represalia, aunque es difícil evaluar lo acaecido. K.P. Henningsen, oficial inglés que acompañó a Zumalacárregui durante el último año de su vida, aporta informaciones que merecen credibilidad. Da fe primero del incendio del palacio de Eulate por Fernández de Córdoba y, más tarde, de corrales, casas y graneros en todo el valle. Dice textualmente: *“A medida que pasábamos a través de las diferentes aldeas, siguiendo las huellas del ejército de la Reina, en todas partes se nos presentaban los vestigios de su salvaje venganza. Tan pronto como empezamos a descender por el desfiladero, pudimos observar fuertes columnas de humo que se levantaban de cuatro o cinco aldeas... Otros grupos se hallaban en las calles tratando de recoger un poco de trigo chamuscado, pues el enemigo había requisado todo el grano, paja y demás provisiones, diciendo que servían para alimentar a la facción, y, amontonándolo en la calle, le dio fuego, por verse en la imposibilidad de transportarlo... Cerdos, terneras y bueyes se hallaban muertos de bala en las calles o con los cuellos cortados...”*

El pueblo de San Martín se queja también de las fechorías a que se ve sometido: *“... es público que una columna cristina se hizo improvisadamente con setenta y cinco cabezas de ganado vacuno y pasados cincuenta de cerda, por manera que los vecinos otorgantes o su mayor parte únicamente han quedado con las yuntas de bueyes de arar...”*

En un documento fechado en Zudaire, a 6 de enero de 1836, se hace mención de *“las desgracias que han sufrido los pueblos del Balle”* y se cita a *“a Zudaire, Baríndano, Artaza, Gollano y Baquedano, el 30 de Julio de 1.834 -la víspera de la batalla de Artaza- cuando llegó a esta la columna de Rodil y fueron saqueados, pero especialmente Zudaire ...”* y sigue diciendo que *“fueron destrozados todos los azes de trigo y abena de todas las inmediaciones del pueblo y molinos arineros del Balle”*. Sigue diciendo que *“fue destrozado la mayor parte de lo que estaba sin segar”*. En el mismo documento se explica que *“... últimamente, el día 13 -ó 19- de Septiembre, en que fue saqueado el pueblo -Zudaire- e incendiadas y abrasadas las casas de los dos Regidores...”*

Hay también testimonio, corroborando lo que afirma Henningsen en su libro, que *“el día 21 de Abril de 1835 -en vísperas de la segunda batalla de Artaza- fueron*

*quemados la mayor parte de los corrales de la Sierra de Urbasa correspondientes a este pueblo -en referencia a Zudaire- por la tropa de Valdés”.*

Hubo también represalias sobre individuos concretos. No hay que olvidar que los partidarios de la Reina consideraban rebeldes, y por tanto traidores, a los carlistas, y como a tales los trataban. Los carlistas pagaron normalmente con la misma moneda durante buena parte de la contienda.

Los prisioneros eran un estorbo para uno y otro bando, y los jefes de unos y otros llegaron a la conclusión de que bastante difícil era dar de comer a los propios como para ocuparse de los capturados. Llegaron, unos y otros, a fusilar hasta a los heridos enemigos en los hospitales de campaña ocupados. En nuestro territorio, pese a la discreción ya comentada, sabemos de cuatro fusilamientos, que tuvieron lugar en Eulate entre abril y julio de 1834.

### **Las epidemias: el cólera**

El cólera morbo, había dado señales de actividad desde años antes, aunque sin una especial virulencia. Procedía de Asia y durante 1832 se había desarrollado ya en buena parte de Europa. Aunque se trataba de evitar su entrada en España, no era una guerra civil la mejor situación para conseguirlo.

En agosto de 1833 ya se daban los primeros casos en Vigo y en la costa andaluza. Esto avala la hipótesis de su entrada a través de las tripulaciones de barcos procedentes de Francia e Inglaterra. De las zonas citadas se transmite a ambas Castillas y de ellas hacia el norte de la península.

La llegada de tropas de todas las áreas de la geografía española, unida a las condiciones de higiene y alimentación que impuso la contienda, provocó una epidemia que diezmo la población local. Aunque las partidas de defunción eclesiásticas no tienen el rigor de un parte médico, se anota en algunos casos la causa de la muerte y más cuando queda claro que la epidemia se ha adueñado del valle.

El cólera es una de las grandes epidemias que ha padecido la humanidad. Es producida por un bacilo y aparece en forma brusca con vómitos y diarreas. Su contagio tiene lugar, preferentemente, a través de la ingestión de agua contaminada por heces. La deshidratación se produce muy rápidamente y el paciente experimenta alteraciones en su estado mental.

Según los médicos de la época producía además calambres y convulsiones. Como en el caso de otras enfermedades epidémicas, había una enorme ignorancia sobre su tratamiento y sobre las formas de contagio. Para curarla, las recomendaciones eran muy diversas y generalmente muy ineficaces: Bebidas tibias de agua de arroz, de aceite, de agua de azahar. Sangrías y sanguijuelas. Purgantes, zumos de fruta

(solos o con vino). El desenlace se producía en un máximo de ocho a diez días y fallecían entre un 25 y un 40% de los afectados.

En nuestro valle, aparecen los primeros casos en julio de 1834 y la mayor densidad de víctimas mortales se registra entre septiembre y octubre del mismo año. Sin pretender aportar unos datos exactos, sirva como orientación la cifra de más de 150 fallecidos a causa de la epidemia. Esto suponía, efectivamente, diezmar, ya que uno da cada diez amescoanos vivos en aquel momento, murió por esta causa en el segundo semestre de este año luctuoso.

En las anotaciones más explícitas de dichas defunciones, se dice que fallecieron por "*morbo colérico*". En una primera fase, se continuó dando tierra a los difuntos en la iglesia, en las tumbas familiares, como era costumbre. Al poco, y ya con mejor criterio, se empezó a prescindir de las sepulturas habituales.

En Baríndano se recurrió primero al pórtico de la iglesia, para pasar a continuación a un recinto exterior y diferenciado, el Campo Santo. En Artaza se pasó directamente al cementerio. En Zudaire, se echó mano de la ermita de San Antón. En Baquedano, se pasó directamente al camposanto de Iturzarra, aunque hubo también algún enterramiento en la ermita de Santa Cruz. En Ecala, parece que se mantuvieron los enterramientos en la iglesia, ya que el camposanto sólo se menciona años después. También en San Martín se usó el cementerio a poco de iniciarse la epidemia. En Eulate, también se recurrió al camposanto en cuanto hubo conciencia de la gravedad de la epidemia.

Ya en 1799, las autoridades eclesiásticas recomendaban que no se abriese una tumba o fuesas, de las situadas en la iglesia, hasta que hubiera pasado un año desde el último enterramiento. Se hacía esto por evidentes razones de higiene. Al llegar la epidemia del cólera, y habida cuenta de que las sepulturas no eran individuales sino familiares, no se podía mantener el plazo recomendado, razón por la que se recurrió a otros lugares de enterramiento. Existían, además, opiniones bien avisadas que no consideraban una práctica muy saludable el enterramiento de víctimas de enfermedades contagiosas, en un recinto cerrado como era un templo.

### **Las servidumbres de la milicia: las fábricas de armamento**

Como consecuencia de la situación de cuartel general en que Zumalacárregui había convertido al valle, se instalaron aquí una serie de servicios que no contribuyeron precisamente a aliviar la penosa situación de sus habitantes. A este respecto hubo también, y por razones estratégicas, especial discreción en las informaciones de la época. Pese a ello, son varios los casos sobre los cuales existen testimonios fiables.

Según algunos autores había una fábrica de munición en el palacio de Eulate y a ello se atribuye la decisión del general Fernández de Córdova de incendiarlo.



Luciano Lapuente documenta la existencia de otra factoría, donde se fabricaban bayonetas, en Baquedano, en el paraje antes conocido como “el Pozo de la Fábrica” y, antes, como “el Pozo de Carlos V”.

En un documento fechado en Zudaire en 12 de octubre de 1835 se hace mención de “*la expedición del siete de Abril que hizo Córdoba por este país, fue incendiada la Real Fábrica de Armas que existía en aquel pueblo -en referencia a Ecala-...*”. A esta fábrica hace también mención un documento fechado en San Martín a 14 de mayo de 1835 y citado por Luciano Lapuente.

Además de estas, merece especial mención la Fábrica de pólvora de San Martín. Estaba situada en el paraje de Basaskarra, aprovechando el edificio de la antigua tejería. Trabajaban en ella unos 40 operarios, a buena parte de los cuales era preciso mantener y alojar y de ello se quejan, aunque tímidamente -el miedo guarda la viña-, los vecinos de San Martín en una carta a la Junta Carlista. El 2 de julio de 1835 se produjo una explosión, seguida de un incendio, de esta fábrica. A consecuencia de ello, y víctimas de graves quemaduras, fallecieron un total de 38 personas. De ellos, 14 eran vecinos del valle.

No es pretensión de estas líneas el hacer un inventario de las calamidades sufridas por nuestros antepasados en las confrontaciones del siglo pasado. Ni siquiera de las padecidas durante la Primera Guerra Carlista. Por ello, nos detenemos en la última fecha citada, julio de 1835. Es más, vamos a retroceder en el tiempo para buscar una circunstancia positiva en medio de este cúmulo de calamidades.

## El Pacto de Lord Elliot

La Primera Guerra Carlista fue un acontecimiento seguido con atención por los gobiernos de diversos países europeos. Los ingleses pusieron en ello especial énfasis y tenían un observador permanente entre las tropas de la Reina, el coronel de artillería Wilde. Entre los carlistas, había otro oficial inglés, el capitán Karl Phillip Henningsen, aunque este había tomado partido por Zumalacárregui y mandaba una compañía de lanceros. No obstante, y pese a su condición de militar, resultó ser un notable cronista de guerra, proporcionando información directa, próxima y muy objetiva de los sucesos vividos. Su obra *Zumalacárregui, Campaña de doce meses por las provincias vascongadas y Navarra*, permite una buena aproximación al conflicto, con el aval de un testigo de primera mano.

Casi desde sus inicios la guerra se convirtió en un intercambio de represalias. Quizá fue ese el carácter que pretendieron imprimirle los generales cristinos en la confianza de sofocar con cierta rapidez la llamada “rebelión”. Este rigor en el castigo que pretendía amedrentar y disuadir al enemigo, no sólo no dio resultado alguno en esa dirección sino que provocó una respuesta igualmente inhumana. El

nivel de crueldad alcanzado resultó especialmente llamativo para quienes no participaban directamente en la contienda pero la seguían de cerca.

A tal punto habían llegado los desmanes recíprocos que el gobierno británico, presidido en la época por Wellington, decidió intentar una relativa humanización del conflicto. Para lograr la firma de un acuerdo al respecto, fueron enviados a España Lord Elliot y el coronel Gurwood. Visitaron estos al Pretendiente en Segura -el 19 de abril de 1835-, mientras el coronel Wilde cenaba en Eulate con Zumalacárregui -no es seguro si el 20 ó el 21 de abril-.

Lord Elliot y Gurwood, que habían concluido positivamente su misión en Segura, se trasladaron -entre el 23 y el 24 de abril, cuando los carlistas celebraban la reciente victoria de Artaza- al cuartel general de Zumalacárregui a fin de conseguir su firma.

Dice Henningsen de los enviados ingleses, que hablaban perfectamente el francés y el castellano y que eran muy aptos para la misión que se les había encomendado. Una vez oída la propuesta inglesa, rápidamente accedió el caudillo carlista al compromiso de no fusilar más prisioneros. Desgraciadamente, pocos de estos quedaban de la reciente batalla de Artaza. La mayor parte de los soldados capturados habían sido rematados sobre el campo, fusilados o muertos a manos de los vecinos del valle, que habían sufrido pocos días antes la operación de castigo llevada a cabo por Fernández de Córdova. Lord Elliot pidió por la vida de los pocos supervivientes, dice Henningsen que unos 27, y su petición fue atendida por Zumalacárregui.

Aunque éste firmó de inmediato el convenio para el canje de prisioneros, tuvo que firmarlo aún una segunda vez. Al parecer cuando los ingleses se desplazaron a Logroño para conseguir la firma del ministro Valdés, se negó éste a hacerlo porque ya lo había hecho Zumalacárregui antes que él. Hubo que rehacer el documento para que fuera Valdés por delante, concretamente el 27 de abril, y llevarlo al cuartel general carlista en Eulate para obtener una nueva firma de Zumalacárregui. Ocurrió esto el 28 de abril de 1835.

El texto íntegro del pacto firmado por los generales en jefe de los ejércitos cristino y carlista, es el siguiente:

*“Convenio para el canje de prisioneros propuesto por Lord Elliot, comisionado al efecto por S.M. Británica, que ha de servir de regla a los generales en jefe de los ejércitos beligerantes en las provincias de Guipúzcoa, Álava y Vizcaya y en el Reino de Navarra”.*

*Artículo 1º. Los generales en jefe de los ejércitos actualmente en guerra en las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa, Álava y Navarra, convienen en conservar la vida a los prisioneros que se hagan de una y otra parte, y en canjearlos del modo siguiente:*

*Artículo 2º. El canje de los prisioneros será periódico, dos o tres veces al mes, y más frecuente si las circunstancias lo exigen o lo permiten.*

*Artículo 3º. El canje se hará en justa e igual proporción del número de prisioneros que presente cada parte, y los excedentes permanecerán en el partido que se hallen hasta nueva ocasión de canje.*

*Artículo 4º. En cuanto a los oficiales, el canje se hará de grado a grado, entre los oficiales de todas las categorías, empleos, clases y dependencias que sean canjeados por ambas partes, según el rango respectivo de cada uno.*

*Artículo 5º. Si terminado un canje entre los dos partidos beligerantes uno de ellos tuviese necesidad de un sitio seguro para guardar él los prisioneros excedentes que no hubiesen sido canjeados, para seguridad, buen tratamiento y honor de estos mismos prisioneros, se ha convenido que sean guardados en un depósito por el partido en cuyo poder se hallasen en uno o más pueblos, que serán respetados por el partido contrario. En caso de que éste pudiese penetrar allí, no podrá perjudicarlos en manera alguna durante el tiempo que permanezcan en dicho depósito: bien entendido que en las ciudades o pueblos donde estén los prisioneros no se podrá fabricar armas, municiones ni efectos militares.*

*Las plazas serán designadas con anticipación por los dos partidos beligerantes.*

*Artículo 6º. Durante esta lucha no se quitará la vida a persona alguna civil o militar por sus opiniones sin que haya sido juzgada y condenada, conforme a los reglamentos y ordenanzas militares que rigen en España.*

*Esta condición debe entenderse únicamente para aquellos que realmente no son prisioneros de guerra; con respecto a éstos, se observará lo estipulado en artículos precedentes.*

*Artículo 7º. Cada partido beligerante respetará religiosamente y dejará en plena libertad a los heridos y enfermos que se hallasen en los hospitales, pueblos y ciudades, cuarteles o cualquier otro paraje, con tal de que estén provistos de un certificado de uno de los cirujanos de su ejército.*

*Artículo 8º. Si la guerra se extiende a otras provincias se observarán las mismas condiciones que en las de Guipúzcoa, Vizcaya, Álava y el Reino de Navarra.*

*Artículo 9º. Estas condiciones se observarán religiosa y rigurosamente por todos los comandantes que pueden sucederse en ambos partidos.*

*Habiendo sido firmado este tratado por duplicado, se ha cambiado el puesto de las firmas por los generales, a fin de que hubiese paridad perfecta entre los dos partidos.*

*Cuartel general de Logroño, a 27 de Abril de 1835. El general en jefe del ejército de operaciones del Norte, **Jerónimo Valdés**.*

*Cuartel general de Eulate, 28 de Abril de 1835, **Tomás Zumalacárregui**.*

*Firmado, **Elliot**.*

Por los compromisos que recoge el texto puede el lector deducir el grado de barbarie que se aplicaba en esta confrontación antes de su firma. Aunque la mejor no-

ticia que produjo esta guerra, y todas las guerras, es la de su conclusión, el convenio firmado puso un cierto freno a la crueldad de la misma y pudo ser, desde un punto de vista humanitario y no partidista, un hecho positivo y reseñable. Como tal y como contrapunto al resto de calamidades que se vertieron sobre este pueblo, merece la pena conocerse.